

Extravío

--Guillermina K.--

Fulgencio Rodero encontró la llave. Fue él, eso es seguro, y dice que el azar tuvo mucho que ver en todo ello. Sobre todo porque levantarse a las cinco de la mañana y echar a barrer mierda por esas calles de dios y del ayuntamiento no suele deparar otra cosa que legañas, sueño, encuentros fortuitos desaconsejables y que, en el mejor de los casos, amanezca mientras tanto. Había quedado atorada en una reja de la alcantarilla y no le extrañó, eso asegura, porque era una llave antigua, de las de cerraja de pestillo y resorte. Un cuarto de kilo de llave. O casi. Fulgencio Rodero la sopesó con desconfianza y dice que miró en todas las direcciones, como si esperase encontrar la causa de semejante hallazgo. Ni un alma. A ver, Fulgen, que son las seis, dice que pensó. Asegura también que estuvo tentado de deshacerse de ella en un lugar más adecuado y que ni siquiera ahora entiende qué fue lo que le decidió a guardarla en el bolsillo. Siguió barriendo. Pero más que la calle miraba ahora los portales. Pasaba por delante y la mirada se le clavaba en la cerraja. De esta no es. A la siguiente. De esta tampoco. No tenía que ser difícil dar con ella, no quedaban ya cerrajas así, con una llave semejante. Pero podía ser que no abriera puerta alguna. A Fulgencio Rodero se le oscurece la voz cuando dice “pero mira tú por dónde fui a dar de manos a boca con el portalón de madera de la casa aquella, con su arco de medio punto de enormes dovelas de piedra campanil”. La llave encajó. Al hacerlo, confiesa Fulgencio que sintió algo así como un aliento helador en la nuca, un frío que nunca había sentido. No de aquel modo. Era un frío cargado de silencio y un presagio que él, eso dice ahora, no supo de qué modo interpretar. También dice que en lugar de girar la llave la volvió a extraer, como si acabase de violar un secreto ancestral. Mañana, mañana la abro. Y siguió barriendo.

A Fulgencio Rodero le quemó la llave en el bolsillo del gabán durante más de tres días. Le

ardía la mano sólo de saberla allí. Notaba ya su tacto ardiente. Se imaginaba introduciéndola de nuevo en su cerraja, como hiciera el día en que la halló. Aunque entonces ni intentara siquiera activar el mecanismo. De modo que la sentía girar, como si su tacto candente formara parte de la fiebre de su propio cuerpo, un órgano distinto cuya función se le escapaba a Fulgencio Rodero igual que el agua entre los dedos. La sentía latir al empujar el mecanismo y creía notar cómo vencía con su roce la inercia del cerrojo, tan poco inclinado a dejarse seducir por el empuje del destino. Quizás a causa de la herrumbre del tiempo. Eso Fulgencio podía soñar que lo imaginaba, pero saber, nada sabía. No podía saber.

No pensó Fulgencio Rodero andar bordeando las lindes de ninguna realidad paralela o distinta. No, no era eso. Pero estaba íntimamente convencido de hallarse al borde de un descubrimiento, algo trascendente que podía llegar a transformar y dar un vuelco a su vida, hasta entonces sencilla y sin complicaciones.

Su decisión de esperar, de darse un tiempo, no era prudencia sino una precaución próxima al temor. Un temor líquido que le empapaba por entero y que burbujeaba en su interior con ruido de cañerías, nada que ver con un correr de tripas, nada que ver. La llave seguía ahí, en su bolsillo. Había decidido llevarla siempre consigo a pesar del incordio que podía significar, que de hecho significaba, con tal de disponer de ella en el caso poco probable de que le sobreviniese la ocasión de usarla. Mientras esperaba que aquel momento llegase no pudo evitar ir enterándose de cosas. En el colmado de la esquina de la calle de Rodríguez Peña una de las dependientas parecía recordar de un modo inconcreto a aquellos por los que se le preguntaba. Sí, sí, sabía a qué casa se refería. Por supuesto, conoció a sus últimos inquilinos. Sí, sí, hermanos, matrimonio no, bueno, eso creía ella. Claro, venían por el colmado, sobre todo él, y compraban víveres y ovillos de lana, muchos ovillos de lana, tejía mucho, tricotas, mañanitas y chalecos. No, no, nada más sabía, parecían buena gente. No, nada más. Bueno, él parecía ser gente instruida, solía hablar de libros, literatura francesa, a veces compraba alguno, no siempre le interesaban los pocos que el colmado ponía a disposición de sus clientes, poco exigentes en este aspecto. No, nada más que ella pudiera recordar. Una cosa más,

por qué se marcharon. Pero ella no fue capaz de añadir nada realmente significativo, algo que pudiera echar alguna luz sobre la causa de su marcha.

No era mucha la información conseguida, . Pero al menos de este modo Fulgencio Rodero fue capaz de poner un algo concreto con lo que relacionar la llave. La que desde su bolsillo seguía irradiando un influjo seductor sobre Fulgencio.

Al cuarto día decidió que ya estaba bien, que no podía seguir así. Así. Con el pensamiento siempre huido. La llave se había convertido en una espiral irresoluble de cuya inercia no conseguía liberarse. A su alrededor y a su amparo le crecían ideas peregrinas que rozaban peligrosamente lo irracional, maceradas y crecidas igual que masa horneada, deforme y sin ataduras, igual que un mal desconocido que amenazase la poca paz interior que le restaba, igual que un residuo, un poso, un vestigio de algo que fue, que seguramente lo fue, pero de lo que uno comienza a dudar que en realidad lo fuera nunca. Fulgencio Rodera dudaba. Y sus dudas crecían con una efervescencia casi sólida que le impedía aplicar en su análisis un mínimo de coherencia. Lo absurdo se le presentaba con una transparencia lógica que difuminaba la propia esencia disparatada. Se levantaba cada día recordando absurdos sueños, todos relacionados con la llave y la casa, con lo que tras la puerta le podía esperar. Barría las calles mientras amanecía y sus sueños seguían. No podía sin embargo concederles la categoría de pesadilla. No llegaban a tanto. Pero sembraban una inquietud que alteraba la quietud y el reposo que tanto comenzaba Fulgencio a echar de menos. Cuando regresaba a casa, tarde ya, todavía no había conseguido desprenderse de aquella costra reseca como de yeso muerto. Así que al cuarto día decidió que ya era suficiente. Mañana, cuando amaneciese, andaría barriendo a la altura de la casa. Y entonces vencería todos los reparos y utilizaría la llave. Abriría aquella puerta y con ella, de eso estaba seguro, se liberaría de aquella carga que comenzaba a ser insoportable.

Así, una de aquellas mañanas, probablemente la del quinto día, una extrañamente cálida y sin bruma que podría haberse confundido con no importa qué otra mañana primaveral, la quietud era tanta que flotaba en el aire como un presagio triste una especie de música callada. Fulgencio se

dio cuenta. Va a ser hoy, pensó. Estaba seguro de ello porque ninguna otra mañana sino aquella sintió la vibración leve del metal cuando su mano se cerró contra la llave. Estaba fría. Con un frío distinto que más tarde no conseguiría concretar. Tomó el carro con los cepillos de alambre, con los escobones de mijo e inició su quehacer cotidiano donde siempre lo hacía. Echó a barrer. También del mismo modo de siempre, que en esto Fulgencio no encontró que nada hubiera cambiado, que nada fuera a cambiar. La calle estaba igual de oscura, igual de sucia, igual de desierta, y fueron los mismos pasos los que escuchó, las mismas voces que le concedían el deseo desgastado de unos buenos días, las mismas gentes que se dirigían al mismo trabajo de siempre. Barría Fulgencio con un esmero exquisito, excesivo. Casi con delicadeza. Barría lentamente y sólo él sabía la razón y la sinrazón de aquel obrar calmoso. Porque demorar su llegada frente a la puerta que hoy abriría, él sabía que no tenía razón de ser, que había de llegar el momento.

Y llegó. Se vio frente a la puerta y comprobó pasmado que seguía allí, como si fuera lógico esperar lo contrario. Miró a ambos lados de la calle, como si lo que estaba a punto de hacer fuera algo indecente o execrable, capaz de desenterrar su pudor en caso de sentirse observado. Pero nadie iba a ser testigo porque nadie había en la calle en aquel momento. Aparcó el carro de los cubos y las escobas. Suspiró. Respiró profundamente igual que lo haría un buceador a pulmón que se dispone a hundirse en las profundidades de un mar que desconoce. Sólo para sí reconocería más tarde haber dudado todavía acerca de la conveniencia de usar aquella llave. De hacerlo en aquel momento. Pero ningún oráculo adverso hubiera evitado que fuera éste el momento. Se aproximó al portalón claveteado de gruesas tachuelas de hierro vigilando todavía la improbable presencia de no importa qué testigo. La oscuridad de las ventanas de las fachadas opuestas no era garantía de no ser observado, pensó. A ver, Fulgencio, no seas niño, se dijo, cuándo has visto tú a nadie mirar desde la oscuridad de una ventana hacia la calle. Pero se pensó a sí mismo y cayó en la cuenta de que no era tan improbable como le pareció al principio. Bah, trató de alejar de sí aquellos pensamientos turbios.

Al principio no acertó a encajar la llave. Sorprendido, la miró del mismo modo con que un

entomólogo miraría la oruga de un gusano jamás visto hasta entonces. Probó de nuevo y ahora sí. Sintió, eso dice, un alivio tan grande que a punto estuvo de desmayarse allí mismo, desmadejado. Pero no disponía de tiempo y dice también que girar la llave resultó una tarea tan sencilla, tan elemental y exenta de contratiempos que escuchó el ruido metálico del resorte, la leve fricción del pestillo de hierro que se desplaza como la cosa más natural del mundo. Empujó la hoja de la puerta con aprensión. Y notó que decía con un leve crujido, con un callado chirriar de las bisagras. La suciedad había atorado el borde inferior y al final tuvo que insistir en su empuje con objeto de abrirla y de que al menos quedase el hueco suficiente para entrar.

Lo hizo. Se halló en mitad de un zaguán con mayólica. Allí la luz estaba de un modo extraño más presente que en el exterior y las vidrieras de la cancela a través de la que se debía acceder al interior de la casa permitían un trasluz irreal, casi imposible, salvo por la posibilidad de que procediera de una luz interior. Pero el destello era tan leve que Fulgencio dio por sentado que no. Era como si las paredes y el aire contuvieran la esencia de algo fosforescente que todo lo iluminaba con la levedad de un casi nada. Era como si dentro de la casa la oscuridad adquiriese allí un matiz luminoso que pusiera en duda su propia esencia. No sintió miedo, pero dice que quedó un instante como en suspenso, sin saber qué determinación debía tomar.

Por hoy ya está bien, se dijo, tratando de dominar el galope de su corazón. Ya está bien por hoy. Pero algo le empujaba, eso asegura, a seguir allí, frente a la puerta acristalada que le abriría paso al interior de un mundo desconocido. Eso esperaba Fulgencio, un universo distinto y por descubrir. Por dos veces se giró hacia la puerta de salida, entornada, y por dos veces se volvió a girar hacia el interior. Al final la mano se le fue hacia la manilla, la giró despacio y empujó la puerta. Al principio, eso sí que lo reconoce, apenas si consiguió distinguir anda. Parecía como si la luz que anteriormente se adivinaba tras la cristalera se hubiera esfumado. Pero asegura también que al poco todo se fue desvelando ante sus ojos. Era un amplio cuarto de estar, con sus sillones, su mesa central rodeada de sillas y una lámpara de pie torneado en uno de los rincones, el que a su izquierda quedaba a la vista. Dice también que se percató desde un principio de la presencia de dos

puertas, una en cada pared, que más tarde sabría que daban paso a sendos dormitorios, y el inicio, al fondo, de un pasillo oscuro. La luz cenital procedía de una pequeña claraboya, en el centro del techo. Todo se hallaba en un estado de lamentable abandono y todo lo cubría una gruesa capa de polvo, gris y granuloso, que aportaba a la escena un cierto sesgo de irrealidad.

Comprobó que las puertas daban a los dormitorios, tal como suponía, y al salir del segundo se percató de que en las huellas de sus botas impresas sobre el polvo del suelo quedaba constancia de su deambular por la habitación. Le dio por pensar, eso dice, que alguien, no importa quién, en algún momento, no importa la razón, podría reconstruir el periplo dubitativo de sus pasos y leer en ellos, igual que en un escrito rúnico, la decepción que le embargaba. Porque nada de lo que veía allí concordaba con las expectativas y las promesas tácitas que la llave generó en su imaginación. Ahora comenzaba a dar por supuesto eso, que era su imaginación, sólo ella, la que la hizo concebir aquel mundo desconocido que en este momento no aparecía ante su mirada, como era de esperar. Había vivido las vísperas de algo que no era nada. Con la misma inquietud y la misma ilusión con la que un niño espera la llegada de un regalo de cumpleaños. No había tal, a la vista estaba.

Mirando cómo sus pies levantaban acta notarial de sus pasos, se asomó al pasillo. Allí la luz no llegaba y la oscuridad lo escondía todo. Accionó un interruptor, a su derecha, a la altura de su mano e, inopinadamente, la lámpara del techo lo iluminó todo. Al fondo del pasillo una gran puerta de madera maciza. A su izquierda, el pasillo continuaba.

Decidió entonces enfilar el pasillo, girando a su izquierda. Al fondo se adivinaba una cierta claridad. Así dio con la cocina, a través de cuya puerta, entreabierta le llegaba la luz, y el baño. Regresó hasta la puerta de roble. Tras ella halló los enormes espacios que componían la casa, las amplias habitaciones del fondo, con sus camas de baldaquín, la gran sala comedor, con su mesa y sus trinchantes, con grandes lámparas de lágrimas de vidrio que colgaban desde el techo, y, finalmente la biblioteca, silenciosa y cerrada, cuyos armarios de puertas de vidrio no habían conseguido demorar apenas la entrada de aquel polvo que todo, aquí también, lo invadía.

Tuvo que ser entonces, eso dice, cuando se percató de que no estaba solo. Miró a su

alrededor. Nadie. Volvió a mirar. Nadie. Allí no había nadie, salvo él mismo. Y las huellas sobre el polvo sobre el enlosado de cerámica del suelo certificaban que nadie más se hallaba en la casa. Pero aquella presencia era tan palpable y notoria que, ahora sí, creyó ser testigo único de un hecho sobrenatural. Se quedó parado durante largo rato y ni siquiera se atrevió a abrir los postigos y dejar que la luz inundase la casa entera. Dejó pasar el tiempo sin que nada más ocurriera. Nada más. Salvo que fue entonces cuando comenzó a sentir aquella voz en un susurro como de viento que frota las hojas de los árboles. Continuó allí, parado, escuchando, durante largo rato, tratando de ubicar la procedencia de aquel susurro leve. No lo consiguió. Parecía provenir de la atmósfera estancada, como si el aire se hubiera envenenado y aquella voz no fuera sino un residuo purulento que lo invadía todo. Regresó de espaldas y así quedó escrito en el polvo que cubría el enlosado. Y se llevó la voz incrustada en algún lugar recóndito de su mente porque dice que aquella noche creyó volverse loco, una noche de insomnio intentando no escuchar primero, entender algo, algo de lo que decía aquella voz, después. Pero el susurro era tan leve que se escuchaban las palabras sin que ni una sola se pudiera entender. Eso dice Fulgencio, que así ocurrió todo. Ya jamás consiguió dejar de escuchar aquella voz. Dice también que cuando abandonó la casa y echó de nuevo la llave, el tiempo parecía no haber pasado en absoluto. Todo estaba tal y como hacía tiempo lo dejó, pero seguía sin amanecer. Pudo terminar su trabajo sin que su aventura en el interior de la casa supusiera demora alguna. De cómo la voz comenzó a hacerse sutil e inapreciable, hasta desaparecer de nuevo, asegura que nada puede decir.

Dice Fulgencio Rodero que regresó a la casa en días sucesivos. Que abría la puerta bajo el influjo de los mismos barruntos. Y que el polvo recién caído parecía haber ido desvaneciendo las huellas del día anterior. Ahora sé que estoy loco, me confesó, porque sé qué dice la voz, aunque no comprenda sus palabras. Nunca las llegaré a comprender porque no es preciso para saber de qué hablan. Me contó que cada día repetía, paso a paso, el itinerario del anterior. Pero que cada vez la voz le alcanzaba antes. Le alcanzaba en el comedor, en alguna de las habitaciones, en la biblioteca... Más tarde antes incluso de atravesar la puerta de roble. En la cocina, en el baño, en el pasillo. Y al

final en la sala de estar, antes aún, apenas ponía el pie en el zaguán.

Y lo peor de todo es que sé qué es lo que les hizo arrojar la llave, me confesó apenado. Eran buena gente, la señora del colmado así lo dijo, buena gente. Nada hay más terrible e insoportable para quien es buena gente, para quien se sabe buena gente, que su propia conciencia, la que te asalta en cualquier lugar para susurrarte, con su voz de viento que no llega desde parte alguna, que no hiciste bien, o que simplemente no hiciste. Aunque la voz desaparezca y conceda treguas sigue ahí, un día y otro día. Allí está siempre para recordarte. Y tú desesperas y tratas de olvidar la voz encerrándola allí de donde crees le será imposible regresar a ti. Pero lo hace, siempre lo hace, y de nuevo buscas un lugar en el que abandonarla, siempre al fondo. Pero ella regresa, regresa siempre. Hasta que un día se hace insoportable. Tanto que decides dejarlo todo y olvidarla allí, donde todo te recuerda lo que quieres olvidar. Cierras la puerta y arrojas la llave a la alcantarilla.

Yo sé que Fulgencio Roderó está loco, que su mente ha quedado dañada por todo este asunto de la llave del que me lleva contando desde que le sucedió. No está en sus trece. Yo también soy buena gente, me dice. Seguro, seguro que sí, seguro, le respondo, pero no puedo sentir por él sino una lástima triste. También yo he cerrado la puerta, me confesó al final. Para poder vivir, para poder seguir haciéndolo con la esperanza de que el polvo vaya borrando las huellas que hablan de mí en aquella casa.

No sé qué crímenes puede la voz achacarle a Fulgencio Roderó. No lo sé. Pero sé que es buena gente y que sus escrúpulos son tantos que cualquier nimiedad que pudiera por error poder echársele en cara, sería para él una agonía. También él ha arrojado la llave. Mejor dicho, no la ha arrojado. No lo hagas, le pedí, no debes arrojarla. Pero la dejó sobre mi mesa, olvidada, y sé que no regresará por ella. Yo también soy buena gente. Eso creo. Y al tomar la llave he sentido una vibración extraña, extraña y fría, tal y como él me dijo que le ocurrió la primera vez.

Ayer pasé frente a la casa.